

denes de sus dioses, sentado igualmente que las mismas prescripciones divinas influyen sobre él desde hace siglos, puesto que las leyes religiosas de Manu son las leyes supremas de la India desde hace dos mil años, se comprenderá hasta qué punto cerebros sometidos á un yugo tan uniforme han debido vaciarse en molde idéntico.

Evidenciada la acción de los grandes factores que preceden, indagaremos ahora cuáles son los caracteres generales creados por su influencia.

2.º — CARACTERES MORALES É INTELECTUALES COMUNES
Á LA MAYORÍA DE LOS INDOS

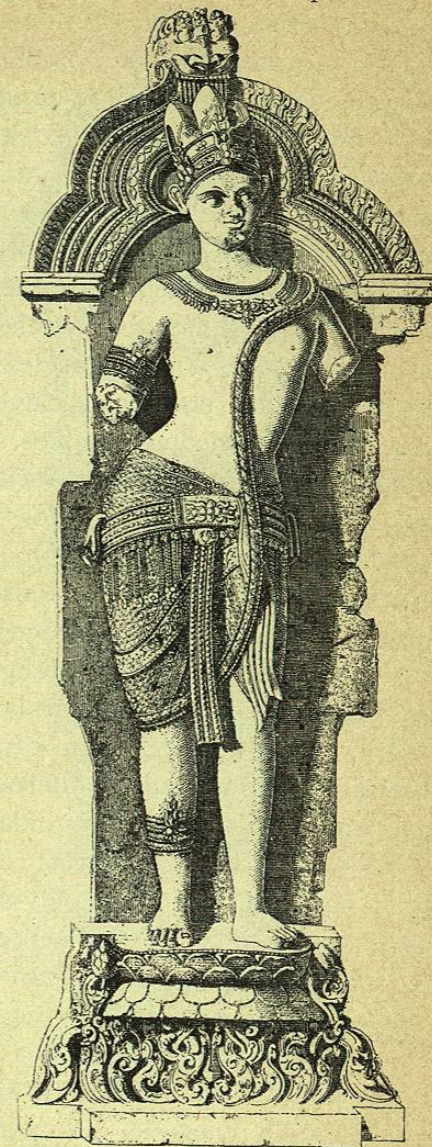
No son seguramente de esperar en un pueblo sometido hace tantos siglos á las condiciones de existencia física y moral indicadas, las cualidades de vigor y de carácter que corresponden á los hombres libres. Si las hubieran poseído en el menor grado, haría tiempo que habrían sacudido toda influencia extranjera. No habrá, pues, de admirarnos encontrar en los indos los defectos que invariablemente se encuentran en todos los pueblos sometidos hace siglos al yugo de un amo. Por regla general el indio es débil, tímido, astuto, insinuante é hipócrita en el más alto grado. Sus modales son aduladores é importunos, está enteramente desprovisto de ideas de patriotismo. Siglos de tiranía le han habituado á la idea de que debe tener un amo, y con tal de que ese dueño respete las leyes de su casta y sus creencias religiosas, el indio se resigna anticipadamente á soportar todos sus caprichos y se siente dichoso si se le deja el puñado de arroz que necesita para vivir.

Los indos forman una población tranquila, paciente, completamente resignada á su suerte. Sus mayores defectos para un europeo, aparte de los que acabo de mencionar, son la indolencia, la imprevisión y la falta de energía.

Esta última es la cualidad capital del carácter del indio, y basta á explicar cómo 250 millones de hombres soportan sin pro-

testa el yugo de 75.000 europeos, es decir, de un puñado de individuos que aniquilarían en un día tan fácilmente como una nube de langostas destruye un campo de trigo, si concibieran la idea de sublevarse en masa; pero los indos no son capaces de concebirla. Que algunos regimientos de cipayos exasperados se subleven como en 1857, no significa sino una simple calaverada localizada, á que la inmensa masa del pueblo asiste indiferente.

Más adelante veremos que, en general, la inteligencia media de los indos no es de ninguna manera inferior á la inteligencia media de los europeos que los dominan; pero que los indos son inmensamente inferiores por su carácter. Esta sola circunstancia asegurará siempre su acatamiento á la dominación de los occidentales. Digo que la asegurará siempre porque cuanto más se profundiza la historia y se estudia á los hombres, más se comprueba que el carácter, ó para precisar más, la perseverancia y la voluntad desempeñan en la vida de los individuos y de los pueblos un papel bastante más importante que el ejercido por la inteligencia.



KARTIKEYA, estatua existente en un nicho del templo de Bhuwaneswar (Orissa)

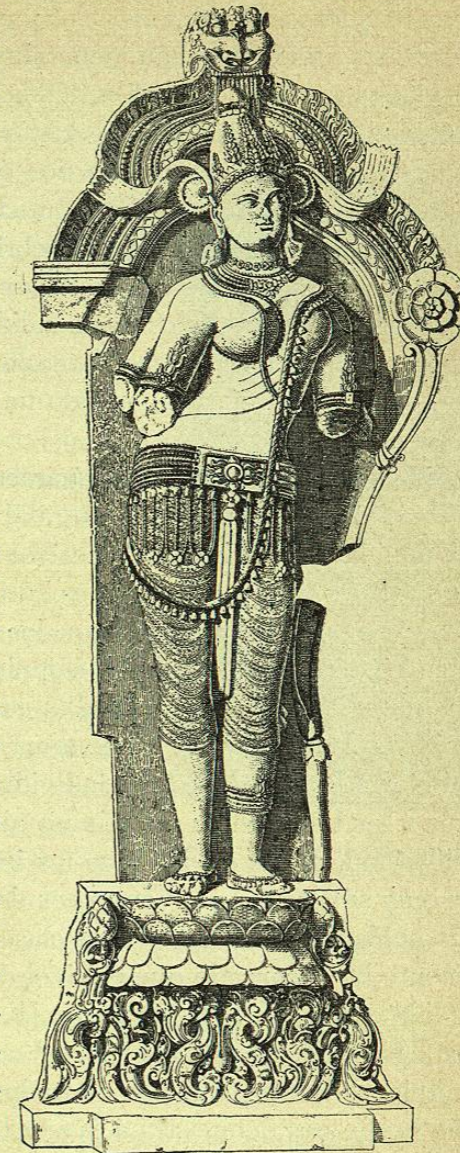
Con el carácter, sobre todo, mejor que con la inteligencia, es con lo que se crean religiones é imperios. Supongamos dos pueblos, el primero compuesto de hombres inteligentes é instruídos que gozan necesariamente de la prudencia y la circunspección que da la inteligencia, conocen lo vano de todo ideal y están poco dispuestos, por consecuencia, á grandes sacrificios para hacer triunfar ninguno; el segundo, compuesto, por lo contrario, de hombres cortos, pero tenaces, dispuestos á sacrificar su vida sin vacilar por el triunfo de una creencia. Si luchan estos dos pueblos, triunfará infaliblemente el segundo sobre el primero. He insistido muchas veces sobre esta idea en diversas obras y nunca insistiré bastante, pues da la clave de buen número de fenómenos históricos, incomprensibles si no se la tiene en cuenta. Si dominaron los romanos á Grecia; si las tribus árabes semibárbaras, salidas de sus desiertos, conquistaron el mundo greco-romano; si los musulmanes dominaron la India, y si en nuestros días un puñado de ingleses conserva ese inmenso imperio bajo su ley, lo han debido los vencedores á la energía de su voluntad mucho más que á su inteligencia. La más poderosa de las fuerzas humanas será siempre la voluntad.

A esa falta de energía tan característica en los indos se junta además una especie de indiferencia fatalista que les hace contemplar con la mayor tranquilidad lo que no respecta á las leyes de su casta ó á sus creencias religiosas y les permite soportar como cosa completamente inevitable la más dura tiranía. El indio no es bravo como nosotros entendemos la bravura en Europa; no obstante, siente el más grande menosprecio por la vida y el temor de la muerte no le inmuta. No procura evitarla, pareciéndole que la cosa no vale la pena. Su persuasión de que toda tentativa por evitarla sería inútil, es además completa.

Esta indiferencia del indio por la mayor parte de las cosas de este mundo da por resultado la imposibilidad de influir sobre él poniendo en juego los factores que tienen tan decisiva influencia sobre un hombre del Occidente. ¿Qué medio de acción emplear respecto de individuos tan indiferentes por la vida y por

la muerte, que no se sienten deshonrados por ninguna de las penas que imponen nuestros códigos, la prisión especialmente, y cuya ambición queda del todo satisfecha cuando ganan el puñado de arroz necesario para su alimentación diaria? Cuando lo poseen, ninguna promesa de recompensa puede arrancarlos de su apatía. Ofreced á un obrero indio la suma que queráis para un trabajo á entregar en día fijo: os prometerá cuanto deseéis, pero os faltará infaliblemente á su palabra. Mañana pertenece, según ellos, á un porvenir demasiado lejano é incierto para que se molesten en preocuparse en él. El europeo que ha tratado algo á los indos sabe que si quiere contar con correos de un día para otro, el solo medio de encontrarlos seguramente en el momento deseado es obligarlos á pasar la noche acostados delante de su puerta.

Es preciso haber estudiado los indos desde este punto de vista para comprender cómo ciertos sentimientos que nos parecen muy naturales porque la herencia los ha fijado en



RHAGAVATI, estatua existente en un nicho del templo de Bhuwaneswar (Orissa)

nosotros, tales como el de la precisión y el de la exactitud, son desconocidos de ciertas razas. Al principio de los caminos de hierro, los indos llegaban generalmente á las estaciones dos ó tres horas después de la hora fijada para la salida de los trenes. Habiéndoles probado la experiencia que los trenes salen sin aguardarlos, llegan ahora con dos ó tres horas de anticipación. Su falta de exactitud no se ha modificado, pero puede decirse, empleando el lenguaje de los algebristas, que ha cambiado simplemente de signo. He tenido negocios con indos de todo rango y de toda clase — algunos hasta salidos de las universidades europeas: — jamás he tropezado con uno solo que fuese exacto á una cita, en cambio nunca he hallado un inglés en la India falto de exactitud.

Si consideramos ahora los caracteres generales de los indos desde el punto de vista de la moralidad, debemos, para juzgarlos con equidad, examinarlos sucesivamente en sus relaciones con los europeos y en sus relaciones entre sí.

Los europeos en relación con los indos se quejan justamente de su hipocresía y de su falta completa de veracidad; pero olvidan que tales defectos son fatalmente inherentes en las relaciones de esclavo y dueño. Si se toma como criterio de la moralidad el grado de respeto del individuo á las costumbres, los hábitos y las leyes de su país junto al espíritu de tolerancia y de solidaridad, puede decirse que los indos de las clases populares son muy superiores á los europeos de la misma categoría. He tenido cuidado de referirme á las clases populares porque frecuentemente he observado que el nivel de la moralidad disminuye á medida que se eleva la escala social. Ese nivel es muy bajo en una clase particular de que tendré ocasión de ocuparme en otro capítulo, formada por indos educados por los europeos. Este último hecho nos demuestra á la vez la inconsistencia del prejuicio que supone que la instrucción aumenta la moralidad, y hasta qué punto un sistema de educación adaptado á las necesidades de un pueblo es detestable cuando se aplica á otro estacionado en una fase de evolución diferente.

La caridad del indo está completamente limitada á las gentes de su casta, pero obrando así no hace sino obedecer á sus prescripciones religiosas.

Esas mismas prescripciones son las que determinan el grado de criminalidad de los actos por el valor del individuo ofendido. Según el código de Manu, la menor ofensa contra un brahmán es un crimen, mientras que el crimen más grave cometido en un sudra no es sino una pequeña ofensa.

Para resumir lo que concierne á la moralidad de la masa del pueblo indo, nada mejor que invocar la conclusión que por completo adopto de un inglés, el profesor Monier Williams, que ha estudiado muy bien á los indígenas de la península.

«En ninguna parte he encontrado en Europa, dice este autor, pueblo más religioso, más fiel á sus deberes, más dócil ante la autoridad, más cortés y respetuoso ante la edad y la sabiduría, más sumiso á sus padres. Los indos tienen defectos y vicios, pero no más que los europeos. Dudo que los peores indos sean tan viciosos y tan peligrosos como los miembros de las clases europeas correspondientes.»

Acabamos de indagar cuáles son los caracteres generales más frecuentes en los indos; nos falta ahora apreciar el nivel de sus aptitudes intelectuales. Exigiendo naturalmente la medida de esas aptitudes una escala de comparación, adoptaremos la de los europeos por tipo.

Para que sea posible esta comparación debemos necesariamente hacerla entre elementos semejantes y comparables entre sí; deberemos, pues, comparar el indo de las clases medias y el



SIVA Y NAGA, bajo relieve del gran templo de Hullabid (Mysore)